

una competencia continua. Tarone utiliza la evidencia empírica para propugnar un modelo de análisis de la interlengua como una *capacidad continua* del individuo —más que como reflejo de una competencia homogénea o dual. En virtud de esta *capacidad continua*, los indicios de mezcla de reglas de la L1 y la L2 se explican por la confluencia de *estilos* o *registros* distintos (desatendidos en otros análisis), producida en situaciones en que el individuo ejerce menos control formal sobre el producto y en las que asocia reglas de la L1 y la L2 de *registros* similares —cuya conexión formal es imposible—, o bien yerra simplemente en la elección del *registro* adecuado en su búsqueda interior. Estos hechos son explicables sólo en virtud de la existencia de una *capacidad continua* contraria a la idea de segmentación de conocimientos (lo *adquirido* y lo *aprendido*) que enfatiza el carácter más consciente del saber lingüístico y, por tanto, lo hace más susceptible de control por parte del sujeto —como proponen otros modelos, por ejemplo el del *monitor* de Krashen, en el capítulo 8.

En definitiva, la discusión y la multiplicidad de vías de acceso al análisis están abiertas. La década de los ochenta y la de los noventa han ahondado en la dirección propuesta en los últimos capítulos, y esperamos que un segundo volumen de recopilación nos permita completar la perspectiva. Hasta entonces, retomamos los presupuestos iniciales, pero después de haber dado un salto cualitativo y cuantitativo en la teoría de la adquisición de lenguas segundas y de presenciar la consolidación de esta disciplina.

LOURDES DÍAZ RODRÍGUEZ
Universitat de Barcelona

BERNARD POTTIER, *Teoría y análisis en lingüística*. Versión española de G. Ter-Sakarian. Gredos, Madrid, 1992; 321 pp. (*Biblioteca románica-hispánica, estudios y ensayos*, 378).

El libro está dividido en cuatro partes (dieciséis capítulos): Principios metodológicos, Lo conceptual y lo lingüístico, Gramática del enunciado y Las categorías semántico-gramaticales, seguido de dos páginas de abreviaturas, un índice de términos, una relación de los artículos previamente publicados que dan la base al libro, y el índice general. Como lo asienta el autor en la relación antes mencionada, se trata de la reelaboración de artículos publicados entre 1975 y 1985, en su mayoría en francés y en revistas francesas, con dos capítulos (el 5 y el 16) nuevos y originales.

Para la mayor parte de los hispanistas Bernard Pottier es un viejo conocido, varias de cuyas obras han tenido amplia difusión e influencia

desde hace más de treinta años, además de la enseñanza directa que ha ofrecido en la Península Ibérica y en Hispanoamérica; en consecuencia, su estilo y sus intereses de investigación forman parte del acervo compartido de la lingüística hispánica. Este libro no es una excepción a ese estilo: he aquí de nuevo el esquematismo característico de sus textos, en donde lo escrito es tan importante como lo dibujado; he aquí la permanente aparición de sugerencias, de concepciones brillantes, e incluso de extravagancias a que nos tiene acostumbrados¹; he aquí la falta de desarrollos argumentales, remplazados por sus señalamientos de fenómenos lingüísticos, que implican siempre una interpretación colaboradora por parte de su lector; he aquí, una vez más, la andanada de términos técnicos: acrografía, cacosemia, califonía, co-texto y crono-logía, ecofonía, episemema, eusemia, mixónimo, perónimo, taxema y taxograma, para sólo nombrar algunos.

En la primera parte, “principios metodológicos”, expone su concepción de lo que son las lenguas y los métodos con que se las puede estudiar. En ella toma distancia del estructuralismo y opta ya decididamente por continuar la enseñanza de su maestro Gustave Guillaume. Así que, en vez de continuar con los métodos binaristas, característicos del estructuralismo, ahora los concibe como relaciones polares dentro de una escala. Es decir, si en su fase estructural todo su método consistía en elaborar las oposiciones cualitativas entre lo marcado y lo no-marcado, ahora nos encontramos con un eje continuo, en donde los fenómenos se analizan como aproximaciones o alejamientos entre dos polos contrarios, con lo cual se acerca a los planteamientos que ha venido haciendo la lógica difusa. Como él señala: hay que “dejar de lado una representación lógica binaria, exclusiva, en beneficio de una

¹ La más notable es la inclusión del “principio yang-yin” entre sus “conceptos analíticos”: “En la base se halla el principio único. Éste se resuelve en sus dos complementarios, cada uno de los cuales contiene algo del otro” (p. 37). En sí, no es otra cosa que la vieja teoría estructuralista que, para toda oposición, pide una “base de la comparación”. Pero el “principio yang-yin”, tomado del famoso *Tao-te-king* chino parece obedecer en Pottier a un impulso vital de carácter más general: a un deseo de nueva concepción del mundo, a esa búsqueda, tan característica del Occidente contemporáneo, de una salvación por el pensamiento oriental y no por la superación de las propias contradicciones occidentales. No menos notable es su justificación para la búsqueda de una protolengua de los seres humanos: “Es evidente que por medio de la gramática comparada no podemos remontarnos hasta una lengua única. Por consiguiente, esta última sólo puede plantearse por otra vía: *se impone* dar un salto que nos remita al campo de la convicción metafísica. . . . El lingüista tiene el derecho y la obligación de plantearse cuestiones fundamentales” (p. 57; las cursivas son mías). Y para finalizar, la notable suposición, de clara reminiscencia platónica con que desestima la teoría de la arbitrariedad del signo (cuyo sentido no es filogenético, sino estrictamente teórico): “La hipótesis más coherente sería la de que, en un principio, los signos poseían su propia motivación. . . y que poco a poco, lo mismo que ocurre con miles de testimonios históricos que proliferan en los libros de texto [?!], acabó perdiéndose dicha motivación” (p. 58).

lógica borrosa que tome en consideración todos los grados posibles” (p. 23). Sin duda adquiere con ello mayor flexibilidad y la posibilidad de mostrar fenómenos que antes había que analizar en sucesivas segmentaciones binarias. Como podrá comprobar el lector del libro, tal método se aplica en todas las circunstancias y sin duda revela aspectos interesantes de los fenómenos lingüísticos estudiados.

Su concepción de la lengua no varía, sin embargo, en relación con el paradigma general saussureano, aunque integra casi exhaustivamente el papel que juegan en su estudio la sociolingüística, la psicolingüística, la pragmática y la lingüística del texto. Con distancia de Chomsky, admite la necesidad de considerar una *generatividad* intrínseca de la lengua, aunque de ninguna manera la propuesta sintacticista de la gramática transformacional. Sin referirse a las actuales corrientes “cognoscitivistas”, destaca el papel de la memoria en la formación de la lengua y de los mecanismos de percepción y conocimiento de la mente humana.

No deja de resultar contradictorio con lo anterior su propuesta, en el capítulo dedicado al signo lingüístico, de que “para todos los referentes usuales de una cultura la lengua dispone de una apelación que llega de inmediato a la mente de la comunidad. Dicha denominación inmediata se llamará *ortónimo*” (p. 61). Dejemos de lado esa vieja manera de hablar, que atribuye a la lengua una existencia por sí misma, capaz de *dar* a los hablantes un signo, en vez de ser la lengua creación de los hablantes —que iría más de acuerdo con sus postulados filosóficos—; lo importante es la selección del término *ortónimo*, que implica la idea de una denominación *correcta* del referente y, en consecuencia, la existencia de denominaciones incorrectas, o desviantes, lo que se traduce en una dicotomía fatal entre *lengua* y *realización*. De ahí también su propuesta de un *episemema*, que es la manifestación en discurso del semema, necesariamente significado exclusivo del ortónimo en lengua (p. 73). Se diría que una teoría proclive a considerar la lengua como cognición y como dinamismo debiera preferir utilizar concepciones más adecuadas a los “borrosos” fenómenos de la significación, como lo son los conceptos actuales de *prototipo* o de *estereotipo*, desarrollados por diversas tendencias de la lingüística cognoscitiva contemporánea.

La segunda parte del libro trata de “lo conceptual y lo lingüístico”. Corresponde en buena parte a su conocida teoría semántica, con la novedad de que ahora los semas ya no son accidentalmente nombrados en lengua natural, en tanto se pudieran sustituir por símbolos o por números (propuesta de su “Recherches sur l’analyse sémantique en linguistique et en traduction mécanique”, de 1963), sino que ahora el sema es un signo de la lengua natural: “Desde nuestro punto de vista, el sema debe plasmarse con cuantas palabras de la lengua natural sean necesarias para evidenciar perfectamente el rasgo distintivo relativo al

conjunto considerado. La denominación del sema es un *discurso perifrás-tico con vocación metalingüística (ad hoc)*” (p. 93).

Introduce ahora una consideración detenida de la noémica (onomasiología), sin adoptar los puntos de vista de Klaus Heger, autor por excelencia de esa concepción del cálculo teórico, pero sí —aquí como en el resto del libro— en alusión permanente a sus elaboraciones en los campos de la deixis y de la teoría del caso. Como corresponde a su interés por la dinámica de los fenómenos lingüísticos hace presidir su tratamiento de la noémica con una referencia a los planteamientos de la teoría de la morfogénesis del matemático-biólogo francés René Thom. En el capítulo 8 introduce los principales esquemas de morfogénesis que ha desarrollado Thom desde hace años, pero desgraciadamente lo hace sin una necesaria explicación del sentido que tienen esos esquemas, ni de la elaboración matemática con que se ha propuesto la “teoría de las catástrofes” para la explicación biológica contemporánea². En esas condiciones el esquematismo de Thom resulta arbitrario y más un acercamiento metafórico a fenómenos lingüísticos que una propuesta seria para la teoría lingüística contemporánea. Lo que logra Pottier es reducir el probable valor de Thom para la lingüística cuando lo introduce dejando “a un lado las fórmulas algebraicas que acompañan a dichos esquemas” (p. 107), y olvidando que son precisamente los desarrollos matemáticos los que explican el sentido de los esquemas, por lo que termina banalizándolo cuando afirma que

...se puede recurrir a una formulación lógica (abstracta e insuficiente por lo general) o a *visualizaciones* que permitan evidenciar mejor la continuidad de los fenómenos y posean virtudes pedagógicas y heurísticas. Gracias a su intuición, René Thom ha sugerido figuras que parecen reutilizables en el plano lingüístico (p. 113; las cursivas son mías).

Si la obra de Thom es de intuición, poco podrá ofrecer a una lingüística que se quiere seriamente científica.

Las dos últimas partes del libro, dedicadas a la “gramática del enunciado” y a “las categorías semántico-gramaticales” son las más valiosas de toda la obra. Aquí se manifiesta el Pottier conocedor, como pocos, de la gramática, de su tradición y de sus cuestiones contemporáneas. Parte de su convicción de que la gramática no puede desprenderse de la semántica, sino que tiene en ella su único fundamento y procede

² Además de las obras del propio Thom, que el autor cita en pie de página, habría que tomar en cuenta, de manera principal, las del lingüista alemán WOLFGANG WILDGEN (*Catastrophe-theoretic semantics. An elaboration and application of René Thom's theory*, J. Benjamins, Amsterdam, 1982 y *Archetypen Semantik. Grundlagen für eine dynamische Semantik auf der Basis der Katastrophentheorie*, G. Narr, Tübingen, 1985) en donde no se rehuye su complejidad ni la difícil elaboración que requiere la relación entre las “catástrofes elementales” y los fenómenos lingüísticos reales.

a mostrar los casos, la voz y la predicación, el tiempo y el aspecto, la determinación, la formación del léxico y la modalización. Esta segunda mitad del libro merece una consideración detallada, que enriquezca las cuestiones que hoy se debaten con la agudeza de las observaciones y con los análisis “microestructurales” que nos ofrece el autor.

Como dije antes, el estilo de Pottier sustituye la argumentación y la explicación por el esquematismo y el dibujo. Para él las imágenes valen tanto como el discurso argumental: “Éstos son los mejores medios pedagógicos para hacer comprender lo que es el nivel conceptual, en la medida en que dos dibujos, por ejemplo, son ya una interpretación del mundo referencial” (p. 143). Con esos medios lo que logra, sin duda, es llamar la atención sobre diversos fenómenos lingüísticos, pero siempre me he preguntado si también logra una comprensión de lo que señala por parte de sus lectores, que pueda integrarse en una elaboración teórica adecuadamente explicativa. Así por ejemplo, me pregunto qué papel pueden jugar los esquemas continuos con sus polaridades en la lingüística teórica contemporánea: sin duda *muestran* lo inadecuado del binarismo anterior, así como la rigidez de las reglas cualitativas que elabora, por ejemplo, la gramática generativo-transformacional; sin duda también *alumbran* de manera novedosa varios fenómenos lingüísticos del francés o del español para un lector sensible y preparado. Pero les falta una sistematicidad general, un valor algorítmico, una relación bien fundada con los hechos reales como para convertirse en una verdadera aportación a la teoría lingüística contemporánea. En cambio su capacidad para sugerir, incluso su apariencia de esquemas teóricamente fundados —lo que es bien claro en su aplicación metafórica de los modelos de catástrofes de Thom— los convierte en herramientas cautivadoras para muchos principiantes que no notan la multiplicidad de interpretaciones a que se presta un esquema o un dibujo (sí llegan a ser “interpretaciones del mundo referencial”, pero su sentido queda oculto por la propia naturaleza de ese lenguaje) y llegan a creer que efectivamente son representaciones o formalismos científicos. Pottier piensa que “en la ciencia, la experimentación es necesaria cuantas veces sea posible. Pero lo que hace que progresen las teorías son la intuición y la imaginación” (p. 27). Sin duda, pero la intuición y la imaginación requieren no digamos de experimentación —que en lingüística es, más que nada, suficiente documentación de fenómenos lingüísticos— sino de una posición bien definida en cuanto a los objetivos que persigue un lingüista: si se trata de una aportación a la investigación de la relación entre cerebro, aparato perceptual y lengua se requiere de una cuidadosa base de conocimientos previos que, hoy en día, pasan necesariamente por la consideración de los formalismos de carácter matemático de que podemos disponer; pero si se trata de una aportación a la cultura de la lengua, considerada como conocimiento reflexivo y refinamiento de la

capacidad de expresarse —los objetivos tradicionales de la gramática— los formalismos y los esquemas deben tener un declarado valor secundario. Si se mezclan uno y otro objetivo —igualmente legítimos— los esquemas y los formalismos despistan y se convierten en símbolos falsos de autoridad.

LUIS FERNANDO LARA
El Colegio de México

CECILIA ROJAS, *Verbos locativos en español. Aproximación sintáctico-semántica*. UNAM, México, 1988; 133 pp. (*Publicaciones del Centro de Lingüística Hispánica*, 29).

A la fecha no es excesiva la bibliografía que, para dar cuenta de diversos aspectos gramaticales del español, intente articular con una finalidad explicativa los análisis sintáctico y semántico del fenómeno que se estudie. En esta perspectiva el trabajo de Cecilia Rojas resulta muy valioso, puesto que, al conjuntar ambos análisis, contribuye a trascender a ese nivel explicativo las necesarias, pero no mayormente analizadas descripciones gramaticales que sobre nuestra lengua, en buena parte de los casos, se han hecho tradicionalmente en México. En este trabajo la autora estudia un grupo de cuarenta verbos del español entre cuyos participantes se establece una relación de locación.

El libro está integrado por un breve preámbulo, dos capítulos —el segundo sustancialmente mayor—, un brevísimo epílogo y un apéndice. En el preámbulo (pp. 5-15) la autora plantea su necesidad de distinguir entre sentido y significado para llegar a la hipótesis de significado en que sustentará su análisis. En el primer capítulo (pp. 17-35) presenta las diferencias de sentido que los contextos lingüísticos pueden provocar en un verbo, así como la posibilidad de que esos contextos sean sistematizables. En el segundo capítulo (pp. 37-116) construye hipótesis de significados para los diversos verbos locativos estudiados, tomando como base el reconocimiento de qué ejes semánticos los organizan. Por último, en el epílogo (pp. 117-118), por un lado, la autora realiza la aplicación integral del análisis propuesto al verbo *superar*, tanto a manera de modelo ejemplificativo cuanto de resumen final, y en el apéndice (pp. 121-123), por otro, exhibe los cuarenta verbos objeto de su análisis con el correspondiente conjunto de rasgos semánticos que, con el rasgo [+locativo] en común, los distingue entre sí.

En términos generales, puede señalarse que el método analítico que emplea la autora conjuga argumentos sintácticos de orden distribucional con argumentos interpretativos enmarcados dentro de un